

»del pecho materno, mira en derredor espresando vivamente su satisfacción, y les deja murmurar cuanto quieran.»

En otra parte, hablando también de sus hijos, se espresa en estos términos:

«Tales habrían sido nuestros pensamientos en el paraíso; sencillos, ingenuos é inocentes, sin maldad y sin hipocresía; allí habríamos sido verdaderamente como ese niño cuando habla de Dios y tiene tanta seguridad en él.»

«¿Cuáles debieron ser los sentimientos de Abraham al consentir en sacrificar y degollar á su hijo único? Nada de esto diría á Sara.»

En el último rasgo se echan de ver una familiaridad y una ternura casi sublimes.

Lamenta la muerte de su pequeña hija Isabel. «Mi pequeña hija Isabel ha muerto; admiración me causa el ver cómo me ha dejado enfermo el corazón; corazón de mujer parece según lo muy conmovido que ha quedado. Jamás habría creído que el alma de un padre fuese tan tierna para con su hijo.»

«En lo más profundo de mi corazón subsisten aun grabadas sus facciones, sus palabras, sus gestos, durante su vida y en el lecho de la muerte. ¡Mi obediente y respetuosa hija; Ni la misma muerte de Cristo (con la cual ninguna hay que pueda compararse), no alcanza á arrancármela del pensamiento como debiera...»

«Reflexiona sin embargo, querida Catalina, á dónde de ha ido (nuestra hija). La carne está aun sangrando seguramente: esa es su naturaleza; pero el espíritu vive, y se encuentra según sus deseos. Los niños no disputan; creen lo que se les dice; todo es sencillez. Mueren sin pesar, sin angustias, sin disputas, sin tentaciones de la muerte, sin dolor corporal, como si se durmieran.»

Al leer esas ideas tan dulces, tan religiosas, tan penetrantes, uno se siente desarmado, y se olvida de los arrebatos del sectario.

Sobre la muerte de su padre se encuentran estas palabras dotadas de una sencillez y una profundidad bíblicas:

«Sucedí á su nombre; ahora soy ya para mi familia el viejo Lutero: ha llegado mi vez: tengo derecho de seguirlo por medio de la muerte.»

Lutero, hallándose enfermo y triste, exclamó: «El imperio cae, los reyes caen, los sacerdotes caen, y el mundo entero se estremece como el edificio que estando próximo á caer, anuncia su ruina por medio de hendiduras en las paredes.»

La muerte de Lutero fue pacífica: deseaba morir y decía:

«Venga Nuestro Señor cuanto antes y lléveme. Venga sobre todo con su juicio postrero, y humillaré mi frente; lance el rayo y haga que yo repose.»

«¡Miseros de nosotros! Apenas damos á Dios la décima parte de nuestra vida; ¡y creeríamos con nuestras buenas obras ganar el cielo! ¿Yo qué he hecho?»

«Esa avecilla ha escogido su albergue y va á dormir bien sosegadamente: nada le inquieta. Mantiénese tranquilamente en la ramita sin cuidarse del sitio en que se albergará mañana, y deja en manos de Dios el cuidado de proporcionárselo.»

«Te encomiendo mi alma, ¡oh Señor mío Jesucristo! Abandonaré este cuerpo terrestre; voy á ser arrebatado de esta vida, pero sé que eternamente permaneceré á tu lado.»

Repitió en seguida por tres veces: *In manus tuas commendo spiritum meum redemiste me, Domine, Deus veritatis*. Repentinamente cerró los ojos y quedó desfallecido. El conde Albrecht, su esposa y los médicos, le prodigaron auxilios para reanimarlo, y lo

consiguieron á fuerza de trabajo. Entonces el doctor Jonás le dijo: «Reverendo padre, ¿morís constante en la fe que habeis enseñado?». El enfermo respondió con un sí claramente pronunciado, y volvió á perder el sentido. De allí á poco empalideció, se puso frío, respiró una vez profundamente, y murió.

RETRATO DE LUTERO.

Hé aquí, pues, el sí final que siguió al no, pronunciado en Worms. Sí, Lutero persistió y con él las sectas de que fue padre; pero la prueba de que no comprendía la estension del movimiento que había producido, es el haberse negado á todo convenio con aquellas. Así es, que ante el landgrave de Hesse en nada quiso ceder á Zeinglo, á Bucer, ni á Ecolampadio, que le suplicaban se pusiera de acuerdo con ellos, en cuyo caso le habrían cedido la Suiza y las orillas del Rin: así es también como reprobó la conducta de Melancthon, que entre los católicos y protestantes intentaba una reconciliación, semejante, poco más ó menos, á la que Bossuet proyectó con Leibnitz, y así es finalmente, como se explica el haber condenado á los aldeanos de Suavia y á los anabaptistas de Munster, no tanto por los desórdenes que habían causado, como porque no querían encerrarse en el círculo que les había trazado. Un hombre de altos pensamientos que hubiese intentado cambiar la faz del mundo, se habría elevado sobre sus propias opiniones, y no habría detenido á los que conspiraban también á la destrucción de lo mismo que él pensaba destruir. Lutero fue el primer obstáculo que encontró la reforma de Lutero.

No puede decirse que el reformador estuviera absolutamente destituido de carácter; pero también es cierto que no dió señales de ese arranque dominador que así en la religión católica como en las herejías, ostentaron tantos mártires y tantos entusiastas. No fue ciertamente Lutero el invencible Arrio, ni el indómito Juan Huss: no se puso en evidencia más que una vez, y luego se mantuvo retirado amenazando mucho, pero desde lejos, y vociferando que sabría arrostrar todos los peligros, pero sin arrostrar ninguno. Se negó á comparecer en la dieta de Augsburgo, y permaneció prudentemente encerrado en la fortaleza de Cobourg. Con frecuencia se lamentó de hallarse solo, y dijo que iba á bajar de su Sinaí, de su Sion, pero no llegó el caso de hacerlo. Su soledad consistía en estar escuchado por los duques de Mecklemburgo y Brunswick, en permanecer detrás del gran maestro de la Orden Teutónica, del elector de Sajonia y del landgrave de Hesse, y en tener á su frente el incendio que había promovido con sus mismas manos, y que formaba á manera de una barricada de llamas impenetrable.

Reconozcamos, pues, en Lutero un hombre sagaz y de imaginación, escritor, poeta, músico de buenas costumbres en su vida privada. El fijó la prosa alemana en el estado en que se halla; su traducción de la Biblia, infiel porque sabía mal el hebreo, es la que aun subsiste: todavía se cantan en las iglesias luteranas sus salmos, compuestos, ó mejor dicho, imitados de los de la Sagrada Escritura. Fue hombre desinteresado, marido complaciente y tierno padre, si no se repara en las sacrílegas circunstancias de su enlace. En Lutero se echa de ver esa cándida y sencilla naturaleza alemana, llena de los más humanitarios sentimientos; pero también se distingue la grosería germánica, esas virtudes y esos talentos que aun en la actualidad reciben su inspiración de aquel falso Baco anatematizado por otro reformador, por Juliano el Apóstata.

Lutero no cayó en el cisma sino despues de largos combates: con frecuencia espresa sus dudas, mejor diremos, sus remordimientos, y conserva las tenta-

ciones del claustro. Un hombre de carácter ligero que había tomado el hábito religioso por haber visto morir de un rayo á uno de sus amigos, pudo muy bien dejarlo por haber asistido á la venta de indulgencias: para eso no se necesita ciertamente elevación de ideas, ni profundidad de planes. Lutero se creía muy formalmente atacado del diablo, y lo combatía durante la noche con el sudor de su frente: *Multas noctes mihi satis amarulentas et acerbas redere ille novit*. Cuando se creía demasiado atormentado por el demonio, conseguía ponerlo en fuga diciéndole tres palabras que no nos atreveríamos á repetir, pero que pueden verse en los curiosos extractos de Mr. Michelet (1). Cristóbal habló de un modo muy diferente á Satanás: se contentó con decirle: «No tentarás á tu Señor y Dios.» Otras veces Lutero en medio de su exaltación se creía invadido de la divinidad y despojándose de sí mismo gritaba: «No conozco á Lutero, llévase el diablo á Lutero.»

El reformador no se entretenía en escoger palabras cuando quería espresarse con elocuencia, y al hablar del pontífice lo comparaba demasiadas veces con Lama. Su doctrina en favor de los grandes es tan relajada, como soez su elocuencia en algunos pasajes: casi admitió la poligamia, y permitió al landgrave de Hesse tener dos mujeres. Si no hubiese abjurado de la autoridad pontificia, habría podido apoyarse en una decretal del 762 dada por Gregorio II.

RETRATO DE LUTERO, SEGUN MAIMBOURG, BOSSUET Y VOLTAIRE.

En honor de los sacerdotes y escritores católicos debe notarse la justicia que han hecho á Lutero en los retratos que de él han trazado.

«Era hombre de espíritu vivo y sutil» (dice el padre Mainbourg en su estilo algo anticuado) «elocuente por naturaleza, claro y pulido en su modo de espresarse, laborioso en un grado infinito, y tan dedicado al estudio que algunas veces pasaba días enteros sin distraerse ni aun para tomar un bocado. A esta asiduidad debió el adquirir bastante regular conocimiento de idiomas y de los Padres, á cuya lectura, particularmente de San Agustín, de quien hizo muy mal uso, era en extremo aficionado contra la ordinaria costumbre de los teólogos de su tiempo. Era de complejion fuerte y robusta para dedicarse al trabajo sin quebrantar su salud: su temperamento fue bilioso-sanguíneo, su mirada penetrante y abrasadora, el metal de su voz agradable, y muy alto, cuando se espresaba con calor, el ademán fiero, intrépido y arrogante, menos cuando procuraba dulcificarlo para remedar humildad, modestia ó mortificación, lo cual no acontecía con mucha frecuencia.... Tal es el verdadero carácter de Martín Lutero, en el cual puede decirse que había una gran mezcla de algunas buenas y muchas malas cualidades, y que su relajación más consistió en la imaginación que en las costumbres, y en su vida que siempre fue bastante arreglada.»

Bossuet retrató á Lutero de un modo que á fuerza de ser imparcial podría pasar por lisonjero:

«Los dos partidos, dice aquel insigne prelado, que trabajaban en la reforma, reconocieron por autor de ella á Lutero. No fueron únicamente sus sectarios, los luteranos, los que á porfía le han tributado grandes elogios; el mismo Calvino admira no pocas veces las virtudes, la magnanimidad, la constancia, y la industria incomparable que aquel supo poner en juego contra el papa: en su concepto Lutero es la trompeta, mejor dicho el trueno; es el rayo que ha hecho despertar al mundo de su letargo; no es Lutero el que hablaba, es Dios, que tronaba en su bo-

ca. Ciertamente es que hubo vigor en su talento, vehemencia en sus discursos; que estuvo dotado de una elocuencia viva y apasionada, que estasiaba y arrebató al pueblo, y que al paso que demostró extraordinario arrojo cuando se vió ensalzado y aplaudido, supo darse un aire de autoridad, que impuso á sus discípulos hasta el punto de no atreverse á contradecirle en nada. Mas no fue solamente el pueblo el que consideró á Lutero como profeta; pues los hombres más instruidos de su secta, lo tuvieron en el mismo concepto. Melancthon, que se afilió á su doctrina desde el principio de las disputas, se dejó por de pronto persuadir de tal modo de que en aquel hombre había algo de profético y de extraordinario, que á pesar de los defectos que cada día iba descubriendo en él, no pudo borrar la impresión en mucho tiempo; por esa razón al escribir á Erasmo por lo tocante á Lutero, se espresó en estos términos: *Ya sabeis que á los profetas conviene experimentarlos, pero no despreciarlos*. Sin embargo, el nuevo profeta incurria en inauditos excesos. No reconocía límites: en vista de que los profetas lanzaban por mandato de Dios terribles invectivas, Lutero se convirtió en el más violento de los hombres y en el más fecundo en ultrajantes palabras. Hablaba de sí mismo de una manera capaz de avergonzar á sus amigos. Engreído de su saber, mediano en cuanto al fondo, grande por lo tocante á la época, y desmesurado por lo relativo á su propio bien, y al reposo de la Iglesia, se elevaba sobre todos los hombres, no solo de su siglo, sino hasta de las pasadas generaciones. Preciso es confesar que tenía mucho vigor de espíritu: nada le faltaba más que regla, y esa no puede tenerse sino en el seno de la Iglesia, y bajo el yugo de la autoridad legítima. Si no hubiese sacudido ese yugo, tan necesario á toda clase de imaginaciones y particularmente á las inquietas y turbulentas como la suya; si hubiese podido suprimir de sus discursos aquellos arrebatos, aquellas chocarrerías, aquellas petulancias brutales, aquellos excesos, ó mejor dicho, aquellas extravagancias, la fuerza con que manejó la verdad no habría podido servir á la seducción. Por eso aparece invencible al tratar de los dogmas antiguos que había aprendido en el seno de la Iglesia; pero el orgullo seguía muy de cerca á sus victorias.»

El patriarca de la incredulidad, Voltaire, trató á Lutero menos favorablemente que el jesuita Mainbourg y el obispo de Meaux,

«No puede uno, dice Voltaire, abstenerse de reír de compasión al ver el modo con que Lutero trata á sus enemigos y en especial al pontífice: Pequeño papa, papita, sois un jumento, un asnillo; id poco á poco que ha helado: podríais romperos las piernas y entonces se diría: ¿Qué diablos es esto? el asnillo del papita se ha estropeado. Un jumento sabe que es jumento, una piedra sabe que es piedra, y esos asnos de papas no saben que son asnos.»

Esas bufonadas de Voltaire son exactas, pero no tienen peso.

LO QUE CONVIENE PENSAR ACERCA DE LUTERO.

El movimiento que Lutero causó no provino de su talento: el reformador no tenía ese don. Téngase presente que esa palabra (*genie*) en tiempo de Bossuet no significaba lo que ahora significa. Lutero, como ya lo he dicho, solo tenía mucho ingenio, y mucha imaginación. Cedió á la irascibilidad de su carácter sin comprender la revolución que iba á producir, y lo que es aun más, encadenándola por el prurito de encontrarla en su persona: sus tentativas habrían fracasado como las de sus antecesores si los despojos del clero no hubiesen tentado la codicia del poder. La reforma se ha sistematizado despues de aquel

(1) Memorias de Lutero, tom. III, pág. 486, lin. 4.

suceso; el carácter de nuestro siglo propende á sistematizar todo, sean tonterías, sean bajezas, sean crímenes: se hace honor al pensamiento de infamias y atrocidades en que la reforma no pensó y que han sido únicamente producidas por un instinto vil, ó por un desarreglo brutal: pretenden hallar talento en el instinto de voracidad de un tigre. De aquí provienen ciertas frases de aparato, ciertas máximas patibularias que pretenden ser profundas y que pasando de la historia ó de la novela al lenguaje vulgar, entran en el comercio de los crímenes á poca costa, de los asesinatos por un cubilete de plata, ó por el raído traje de una pobre mujer.

Se ha dicho que el principio constitutivo de la reforma fue el libre exámen. Por de pronto convendría saber qué es lo que entienden por esa palabra: *libre exámen*, ¿de qué? ¿de religión? ¿de ideas filosóficas? Eso existía ya mucho tiempo antes de la reforma. ¿Sería el *libre exámen* de las cuestiones sociales, de la libertad política? ¡No ciertamente! como lo demostrará en el capítulo siguiente.

Hasta puede dudarse que el *libre exámen* en materias de religión, haya desarrollado esa revolución anticristiana que existe en el fondo del pensamiento de aquellos para quienes el *libre exámen* es la doctrina favorita. Bayle, que á nadie será sospechoso en lo tocante á este particular, hace la siguiente observación llena de profundidad y de sutileza. «Puede asegurarse que el número de las personas tibias, indiferentes ó disgustadas del cristianismo, disminuyó mucho más que aumentó, por las turbulencias que agitaron la Europa con motivo de Lutero. Cada cual tomó partido en ellas con calor: unos permanecieron en la comunión romana y otros abrazaron la protestante, y sucedió que los primeros tuvieron que avivar un celo que ya estaba espirando, y los segundos tuvieron que inflamarse para recibir ó defender su nueva creencia. No sería fácil enumerar esas personas que en concepto de Coeffeteau desechaban el cristianismo en vista de tantas disputas.»

Si se dice que en un tiempo dado, el *libre exámen de la verdad religiosa* trajo como consecuencia ó cololario el *libre exámen de la verdad política*; si se dice con Voltaire, que solo despues de Lutero es cuando los seculares han dogmatizado, convendré en ello, pero teniendo presente que eso fue consecuencia del progreso natural de la civilización, y que ninguna necesidad había para llegar á ese punto de pasar por los furiosos de la Liga, por las matanzas de Irlanda y Escocia, los asesinatos de los aldeanos de Alemania, las discordias civiles de Suiza y la guerra de los Treinta años. Aquellos raudales de sangre, lejos de acelerar la marcha del espíritu humano, lo detuvieron dos siglos y no le permitieron avanzar: los horrores del 1793, retardarán para tiempo infinito la emancipación de los pueblos. La reforma tuvo pues simplemente por origen la orgullosa cólera de un fraile y la codicia de los príncipes: los cambios verificados un siglo antes de la reforma, tanto en las leyes como en las costumbres, debían producir necesariamente cambios análogos en el culto. Lutero nada más hizo que aparecer en el momento oportuno. Ese es un ejemplo más de esa clase de celebridad de cosas y de casualidades que tal vez suele adherirse á capacidades poco superiores. Bayle hace también sobre este particular una observación llena de exactitud, diciendo: «Wicléff y otros muchos.... no tenían menos habilidad, ni menos mérito que Lutero, pero intentaron curar la enfermedad antes del momento crítico.»

Berington en su *Historia literaria*, opina también que se habrían llegado á conseguir todas las reformas necesarias sin tener que pasar por tantas desgracias. «En Inglaterra, mi patria, dice el autor citado, aquellos nobles edificios, monumentos de la

generosa piedad de nuestros antepasados, habrían podido librarse de la destrucción convirtiéndose, no en asilo de la holganza monástica, sino de la afición al estudio, del mérito modesto y de la filosofía cristiana.»

Puede con justo título reclamar el protestantismo algunas virtudes; pero ese honor está lejos de alcanzar á sus fundadores: Lutero, fraile apóstata, aprobador de la matanza de los aldeanos, Calvino, doctor bilioso que hizo quemar á Serveto, Enrique VIII, revisor del misal y que mandó perecer setenta y dos mil hombres en los patíbulos: esos son los tres Cristos de la reforma.

LA REFORMA.

Más dejando aparte al artífice para no considerar más que la obra, se echan de ver algunas verdades que no podrían negarse sin injusticia. La reforma, al inaugurar los siglos modernos los separó del siglo límite ó indeterminado que siguió á la desaparición de la edad media: despertó las ideas de la antigua igualdad: sirvió para metamorfosear una sociedad enteramente militar, en otra racional, civil é industrial: hizo nacer la propiedad moderna de los capitales, propiedad móvil, progresiva, sin límites, que combate con la propiedad limitada, fija y despótica del terreno. Ese bien es inmenso. Se ha mezclado con mucho mal, y la imparcialidad histórica no permite pasarlo en silencio.

El cristianismo principió entre los hombres por las clases proletarias, pobres é ignorantes. Jesucristo llamó á los pequeños, y estos acudieron á la voz del maestro. La fe, remontándose poco á poco en las regiones sociales, llegó á sentarse por último en el trono imperial. El cristianismo era católico ó universal en aquella época; la religión llamada católica, partió del fondo de la sociedad para llegar á la cúspide: la suprema dignidad pontificia era el tribunal de los pueblos, cuando el cristianismo llegó á su edad política.

El protestantismo siguió diverso camino: introdujose por la cumbre del cuerpo político, por los principales y los nobles, por los sacerdotes y magistrados, por los sabios y literatos, y de allí fue lentamente descendiendo á las condiciones inferiores. En ambas comuniones se conservan aun distintamente las señales de ese diverso origen. La comunión reformada nunca ha sido tan popular como el culto católico: su raza elevada y patricia, nunca ha simpatizado con la multitud. Equitativo y moral el protestantismo es exacto en sus deberes, pero su bondad debe atribuirse más bien á la bondad que á la ternura: viste al desnudo, pero no lo calienta en su seno; abre asilos á la miseria, mas no habita ni llora con ella en oscuros recintos, y alivia al desgraciado, mas no lo compadece. El fraile y el cura son los compañeros del pobre, y en su común pobreza tienen por compañeras las entrañas de Jesucristo, los harapos, la paja, las úlceras y los calabozos no les inspiran tédio, ni les causan repugnancia: la miseria y el infortunio están perfumados por el espíritu de la caridad. El sacerdote católico es el sucesor de los doce hombres del pueblo que predicaron la resurrección de Jesucristo: bendice el sacerdote católico el cuerpo del mendigo que acaba de espirar, como sagrado despojo de un ser amado de Dios, que ha resucitado á eterna vida. El pastor protestante deja al menesteroso en su lecho de muerte; para él no son una religión las tumbas, porque no cree en aquellos lugares expiatorios donde las oraciones de un amigo pueden librar al alma que padece. En este mundo no se lanza el pastor protestante en medio de las llamas, ni de la peste para salvar al prójimo, porque tiene que reservar para su familia particular esa afectuosa solici-

tud que el sacerdote de Roma prodiga á la universal familia humana.

Bajo el punto de vista religioso la reforma conduce insensiblemente á la indiferencia ó á la falta absoluta de fe, y eso consiste en que la independencia del espíritu va á parar en uno de estos dos abismos, la duda ó la incredulidad.

Por una reacción natural, la reforma en su nacimiento resucitó al fanatismo católico que se iba distinguiendo: podría por lo tanto ser acusada de haber indirectamente producido las matanzas de San Bartolomé, los furiosos de la Liga, el asesinato de Enrique IV, los homicidios de Irlanda, la renovación del edicto de Nantes y las *dragonadas*. El protestantismo clamaba contra la intolerancia de Roma al degollar católicos en Inglaterra y en Francia, al esparcir al viento las cenizas de los muertos, al encender hogueras en Ginebra, al mancharse con las violencias de Munster y al dictar las leyes atroces que han abrumado á los Irlandeses con tres siglos de opresión de que apenas acaban de verse libres. ¿Qué pretendía la reforma por lo tocante al dogma y á la disciplina? Famosamente presumía discutir negando algunos misterios de la fe católica al mismo tiempo que conservaba otros de no menos difícil inteligencia. ¿Atataba los abusos de la Corte de Roma? ¿Por ventura no los había también de destruir el progreso de la civilización? ¿No se clamaba ya de todas partes, como ya lo he hecho ver, contra esos abusos?

La reforma, penetrada del espíritu de su fundador se declaró enemiga de las artes: saqueó las tumbas, las iglesias y los monumentos y en Francia é Inglaterra amontonó ruinas sobre ruinas. Al separar de las facultades del hombre la imaginación cortó las alas al genio y lo condenó á rastrear. La reforma estalló con pretexto de algunas limosnas dadas para erigir al mundo cristiano la basílica de San Pedro. ¿Habrían los griegos rehusado dar lo que se demandara á su propiedad para erigir un templo á Minerva?

Si la reforma en su origen hubiese obtenido plenos resultados, habría establecido por lo menos durante algún tiempo otra especie de barbarie: tratando de superstición la pompa de los altares, de idolatría las obras maestras de la escultura, de la arquitectura y de la pintura, propendía á deteriorar el gusto por la repudiación de los modelos, á introducir un amaramiento frío, árido, doctrinario y nimio en el espíritu; á sustituir con una sociedad afectada y enteramente material otra llena de naturalidad é inteligencia y á poner las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de las operaciones mentales. Acabarán de confirmarse estas verdades por la observación de un hecho.

En las diversas ramas de la religión reformada, puede decirse que esta comunión se acerca más ó menos á lo bello á proporción que más se acerca ó se aleja del catolicismo. En los puntos donde, como en Inglaterra, se ha conservado la gerarquía eclesiástica, puede afirmarse que las letras han tenido también su siglo clásico. El luteranismo conserva chispas de imaginación que el calvinismo procura apagar, y así va sucesivamente descendiendo hasta el cuáquero que desearía reducir la vida social á la grosería de las maneras y á la práctica de los oficios mecánicos.

Shakespeare, según todas las probabilidades, si perteneció á algún culto, debió ser al católico; Pope y Dríden lo fueron; Milton imitó algunas partes de los poemas de S. Avito y de Masenio, y Klopstock tomó para su poema la mayor parte de las creencias romanas. En nuestros días no se ha manifestado la alta imaginación en Alemania sino cuando el espíritu del protestantismo se ha debilitado y desnaturalizado: los Goethe y los Schiller han demostrado su número al tratar de asuntos católicos. Rousseau y madama Stael en Francia, son una brillante excep-

ción de la regla, pero se podrá decir que eran protestantes á la manera de los primeros discípulos de Calvino? A Roma es adonde los pintores, los arquitectos, y los escultores de los cultos disidentes van en la actualidad á buscar inspiraciones que la tolerancia universal les permite recoger.

La Europa ¿qué digo? el mundo entero está cubierto de monumentos de la religión católica, y á ésta es á lo que se debe esa arquitectura gótica que rivaliza por los detalles y escude por su grandiosidad á los monumentos de la Grecia. Hace más de trescientos años que el protestantismo nació: es poderoso en Inglaterra, Alemania y América, y cuenta en su seno muchos millones de almas. ¿Qué es lo que ha construido? Indudablemente podrá enseñar las ruinas que ha hecho y los jardines ó fábricas que ha plantado ó establecido en medio de ellas. Rebelánjose contra la autoridad de las tradiciones, la experiencia de las edades, y la antigua sabiduría de los ancianos, el protestantismo se desprendió de lo pasado y planteó una sociedad sin raíces. Confesándose hijo de un fraile alemán del siglo XVI, el reformado abdica de la magnífica genealogía que por una serie de santos y de grandes hombres remonta al católico hasta Jesucristo y desde allí hasta los patriarcas y la cuna del universo. El siglo protestante negó en su primera aparición todo parentesco con el siglo de aquel Leon, protector del mundo civilizado contra Atila y con el de aquel otro Leon que poniendo término al mundo bárbaro, embelleció la sociedad cuando ya no era necesario defenderla.

Si la reforma coartaba el ingenio en la elocuencia, la poesía y las bellas artes, también ponía trabas á la magnanimidad de los guerreros: el heroísmo es la imaginación en el orden militar. El catolicismo dió origen al espíritu caballeresco: cierto es que el protestantismo formó capitanes b zarros y virtuosos como Lanoue, pero sin elevación (exceptuando Falkland), generalmente crueles á sangre fría y austeros menos de costumbres que de espíritu. Los Chatillon siempre quedaron oscurecidos por los Guisas. El único guerrero de movimiento y de vida que los protestantes tuvieron, Enrique IV, también se les escapó por último de sus filas. La reforma hizo el bosquejo de un Gustavo Adolfo, de un Carlo XII y de un Federico, pero no habría producido un conjunto como el de Napoleón; así como si bien abortó de un Tilloston y de un ministro Claudio, no pudo lograr un hijo como Fenelon ó como Bossuet y así como si bien educó á un Iñigo Jones y á un Webb, tampoco pudo educar á un Rafael ni á un Miguel Angel.

Se ha dicho que el protestantismo fue favorable á la libertad política; que emancipó las naciones. ¿Estarán acordes los hechos con los que opinan de ese modo?

No cabe duda de que la reforma en su origen fue republicana; pero no se pierda de vista que lo fue únicamente en un sentido aristocrático, porque sus primeros discípulos pertenecieron á la nobleza. Los calvinistas soñaron para la Francia una especie de gobierno de principados federales que le habría dado alguna semejanza con el imperio germánico: ¡extraño suceso! habría renacido el feudalismo por medio de la reforma. Los nobles se precipitaron por instinto hácia ese nuevo culto al través del cual se exhalaba una especie de reminiscencia de su desvanecido poder. Mas una vez pasado ese primer fervor, los pueblos no recogieron del protestantismo ninguna libertad política.

Fijese la vista en el Norte de Europa, en los países donde la reforma nació, y donde ha sabido mantenerse, en todos ellos se verá que domina la voluntad de un soberano: la Prusia y la Sajonia han permanecido bajo la monarquía absoluta, la Dinamarca se ha convertido en un despotismo legal.

La reforma fracasó en los países republicanos: no pudo penetrar en la monarquía electiva y republicana de Polonia; no pudo invadir á Génova, y apenas pudo alcanzar de Venecia y de Ferrara mas que una pequeña iglesia clandestina que murió en breve: las artes y el hermoso sol del medio día fueron mortales para la reforma.

En Suiza no logró buen éxito sino en los cantones aristocráticos análogos á su naturaleza, y aun así tuvo que derramar mucha sangre para conseguirlo.

Los cantones populares ó democráticos Schwyz, Uri y Unterwald, cuna de la libertad helvética, la rechazaron.

En Inglaterra no puede tampoco decirse que la reforma ha sido vehículo de la constitucion, pues esta se organizó en el seno de la fe católica, mucho antes del siglo xvi. Cuando la Gran Bretaña se separó de la corte de Roma, ya habia sentenciado y destrozado reyes; los tres poderes existían perfectamente marcados; la contribucion y el ejército no dependían mas que del consentimiento de las cámaras: la monarquía representativa habia sido ya puesta en juego, y seguía marchando, y era de esperar que el tiempo, la civilización y el progreso de las luces le habrían acabado de dar los resortes que le faltaban, lo mismo bajo la influencia de la religion católica que bajo el imperio del culto protestante. Tan lejos se halló el pueblo inglés de alcanzar mayor ensanche en el círculo de sus libertades para la destruccion del culto de sus antepasados, que ni el mismo senado de Tiberio, puede decirse que aventajó en vileza al parlamento de Enrique VIII, pues llegó á decretar que la sola voluntad del tirano, fundador de la Iglesia Anglicana, tenia fuerza de ley. ¿Fue Inglaterra mas libre bajo el cetro de Isabel que bajo el de María? La verdad es que el protestantismo nada ha cambiado en las instituciones: en donde ha encontrado una monarquía representativa ó una república aristocrática, como en Inglaterra y en Suiza las ha adoptado y donde existían gobiernos militares como en el Norte de Europa, se ha acomodado con ellos, y hasta puede decirse que los ha hecho mas absolutos.

Si las colonias inglesas han formado la república popular de los Estados Unidos, no es porque deben su emancipacion al protestantismo, ni porque hayan alcanzado su libertad por medio de guerras religiosas, pues su lucha fue únicamente contra la opresion de la madre patria que tambien era protestante como ella. El Maryland, Estado católico y muy poblado, hizo causa comun con los demás Estados, y en la actualidad la mayor parte de los Estados del Oeste son católicos. Increíbles son los progresos de esta comunión en aquel país, y deben atribuirse á que se ha rejuvenecido en su elemento popular, la libertad evangélica, en tanto que las demás comuniones van languideciendo en una profunda indiferencia.

Finalmente, despues de aquella república de las colonias inglesas protestantes, acaban de instituirse las grandes repúblicas de las colonias españolas católicas, que para conseguir su independéncia, han tenido que superar obstáculos de otro género que los que se opusieron á las colonias anglo-americanas, acostumbradas ya al gobierno representativo antes de romper el débil lazo que las unía al seno materno.

Una sola república se ha formado en Europa con la ayuda del protestantismo, y es la de Holanda; pero hay que tener presente que ese país trae su origen de aquellos municipios industriales de los Países Bajos que por espacio de cuatro siglos estuvieron luchando por sacudir el yugo de sus soberanos, y se gobernaron en forma de repúblicas municipales á pesar de su celo por el catolicismo. Ni á Felipe II, ni á los reyes de la casa de Austria fue posible sofocar en la Bélgica el espíritu de independéncia, y finalmente son sacerdotes católicos los que en nuestros días la han

convertido por un momento en estado republicano.

Solo una rama del protestantismo ha tenido tendencias políticas; la rama calvinista en las diversas gradaciones que median desde el anabaptista al soci-niano: sin embargo, ningun fruto ha producido esa rama en provecho de la libertad popular. En Francia no tuvo el calvinismo mas secuaces que curas y nobles. Si Knox y Buchanam predicaron en Escocia la soberanía del pueblo, el jesuita Mariana, Breicio y Bodin, propagaron las mismas doctrinas entre los católicos. En lo sucesivo veremos como Milton, enemigo de aquellos reyes protestantes á quienes no podia impedir la subida al trono, era tambien partidario de la república aristocrática y enemigo declarado de la igualdad y la democracia.

De esa íntima investigacion de los hechos se deduce, que el protestantismo no es el que ha dado libertad á los pueblos: ha proclamado la libertad filosófica, pero no la política: la primera de estas en ninguna parte ha conquistado á la segunda, no siendo en Francia, verdadera patria del catolicismo. ¿A qué debe atribuirse que Alemania, muy filosófica por su naturaleza, y armada además con el protestantismo, no haya dado un paso hácia la libertad en el siglo xviii, mientras que Francia, muy poco filosófica por su naturaleza, y dominada por el catolicismo, ha conquistado en ese período todas sus libertades?

Descartes, fundador de la duda razonada, autor del Método y de las Meditaciones, destructor del dogmatismo escolástico; Descartes, el que sostuvo que para alcanzar la verdad era preciso desprenderse de todas las opiniones recibidas, Descartes fue tolerado en Roma, pensionado por el cardenal Mazarino y perseguido por los teólogos protestantes de Holanda.

El hombre de teoría desprecia soberanamente la práctica: juzgando desde lo alto de su doctrina las cosas y los pueblos, meditando sobre las leyes generales de la sociedad, penetrando con el atrevimiento de sus investigaciones hasta en los misterios de la naturaleza divina, se juzga y se cree independiente, porque no ve sometido á la esclavitud sino el cuerpo. Pensarlo todo y no hacer nada, es á la vez el carácter y la virtud del genio filosófico; desea ese genio la felicidad del género humano; le encanta el espectáculo de la libertad, pero poco le importa tener que contemplarla desde las rejas de una prision. El protestantismo nada ha hecho, como Sócrates, mas que producir ideas; desgraciadamente las inteligencias que ha dado á luz no han sido hasta el presente mas que unas hermosas esclavas.

Por lo demás, la mayor parte de estas reflexiones acerca de la religion reformada no deben aplicarse mas que al tiempo pasado: en la actualidad ni los protestantes, ni los católicos son los que fueron, y hasta puede decirse que los primeros han ganado en imaginacion, en poesia, en elocuencia, en razon, en libertad y en verdadera piedad lo que los segundos han ido perdiendo. Tampoco existen ya las antipatías entre las diversas comuniones: los hijos de Cristo, de cualquier línea que provengan, todos se han apiñado al pié del Calvario, tronco comun de la familia. Los desórdenes y ambicion de la corte romana han cesado; no le queda al Vaticano mas que la virtud de los primeros obispos, la proteccion de las artes y la magestad de los recuerdos. Todo propende á reorganizar la unidad católica; con algunas concesiones por ambas partes no tardaria en realizarse el convenio. Para despedir nuevos fulgores no espera el cristianismo mas que la oportuna aparicion de un genio superior. La religion cristiana entra en una nueva era; así como las instituciones y las costumbres ha sufrido la tercera trasformacion; ha dejado de ser política segun el antiguo sistema social; se encamina hácia el gran principio del Evangelio; la igualdad democrática natural ante los hombres, así como la habia ya recono-

cido ante Dios, va haciéndose filosófica sin dejar de ser divina, y su círculo flexible se va estendiendo con las luces y las libertades, en tanto que la cruz queda marcando eternamente el inmóvil centro de ese círculo.

PRINCIPIO DE LA LITERATURA PROTESTANTE.
KNOX. — BUCHANAN.

Una vez abierto el camino, no falta quien venga á

precipitarse por él: Enrique VIII siguió á Lutero, y al establecer la mas dura ley de las tiranías religiosas y políticas, demostró la que la reforma podia traer de favorable á la independéncia de las opiniones y de la libertad.

Si bien acabo de establecer que lo bello en las letras subsistió con preferencia allí en donde los escritores se aproximaron mas al espíritu de la Iglesia romana, debe, sin embargo, tenerse presente que el cambio de religion no produjo por el pronto una al-



ESCLAVOS INGLESES PUESTOS EN LIBERTAD EN IRLANDA.

teracion inmediata en la literatura inglesa. ¿Por qué? porque la reforma tuvo lugar, como ya lo he dicho anteriormente, cuando el idioma no habia salido aun del estado de barbarie: todos los grandes escritores aparecieron despues del reinado de Enrique VIII.

Mas si las innovaciones del culto no establecieron, en razon de la época en que fueron introducidas, una línea de demarcacion muy visible en la escala ascendente de la literatura, no puede decirse sino que tra-

zaron una muy profunda en la escala descendente. La literatura europea quedó dividida en dos secciones por la reforma, y cada una de ellas fue rival y no pocas veces enemiga de la otra.

El exámen y comparacion de ambas literaturas desde la division de ideas introducida por el cisma, seria asunto de una obra útil para el gusto, interesante para la crítica y filosófica para la historia del espíritu humano. Las letras en Inglaterra, Escocia, Alema-

nia, Holanda y Francia calvinista, no son semejantes á las que en aquel período campearon en la Francia que permaneció fiel á sus antiguos altares, ni en España, ni en Italia. ¿Qué habrían sido Milton, Addison, Hume y Roberston católicos? Racine, Bossuet, Masillon, Bondaloue, ¿qué habrían sido si hubiesen adoptado la reforma? Estas dos literaturas opuestas han ejercido entre sí una simultánea reacción. La elocuencia del púlpito ha variado de camino desde la reforma: los protestantes han predicado la moral, los católicos el dogma: éstos últimos, acosados por Lutero que se precipitaba tras de ellos y por voltaire que les cetraba el paso, tuvieron que consagrar el pensamiento con especialidad á su propia defensa, de lo cual resultó que los primeros avanzaron demasiado y los segundos se quedaron estacionados.

La política y la filosofía invadieron la literatura de la reforma y le comunicaron su carácter frío y analizador. Knox, clérigo escocés, apóstata, con su amenazador fanatismo hizo llorar á la desgraciada María Estuardo; publicó el *primer sonido de la trompeta contra el gobierno de las mujeres*, y estableció el dogma de la soberanía del pueblo en materias religiosas y políticas: *plebis est religionem reformare; principes ob justas causas deponi possunt*, etc. El obispo de Luzon, que posteriormente fue cardenal de Richelieu, refutó los principios de Knox en una obra de controversia. «Vuestros partidarios (se dice en esa obra hablando con Knox) han escrito, que por derecho divino y humano es lícito matar á los reyes impíos; que se halla conforme con la palabra de Dios el que un hombre dominado de un instinto especial pueda matar al tirano, doctrina detestable bajo todos conceptos y que jamás tendrá cabida en el pensamiento de la Iglesia Católica.

Buchanan en su tratado *De jure regni apud Scotos*, desarrolló los mismos principios que Knox. Ambos vivían al principio de la reforma; estaban enlazados con Calvino y Teodoro de Beza, eran contemporáneos de Enrique VIII y habían escrito como católicos antes de escribir como protestantes. — Knox fue clérigo, y Buchanan *preceptor particular* de Montaigne. En los escritos en prosa del primero, y en las poesías del segundo, puede verse cómo las nuevas doctrinas habían modificado sus respectivas opiniones.

ENRIQUE VIII, CONSIDERADO COMO AUTOR.

El mismo cambio en el estilo y en las ideas que en los anteriores se puede también descubrir en las obras de Enrique VIII. Mucha distancia había entre la «Instrucción del cristiano (*Institution of a christian man*)» la «Ciencia del cristiano (*Erudition of a christian man*)» y la «*Asertio septen sacramentorum*» tratado, dice Hume, que no da mala idea de su capacidad (de Enrique VIII), «*Which does not discredit to his capacity*». El apóstol rey en su imparcialidad, hacia quemar en la misma hoguera á un luterano y á un católico.

Ya hemos visto de qué manera se inflamó la ira de Lutero por el ultraje de Enrique VIII. En la actualidad ya no se sabe que la *Assertio* mereció una porción de ediciones: la publicada en 1521 se encuentra repetida por otra, hecha cuarenta años después en París. Esta va precedida de una dedicatoria del *invenible* Enrique al papa Leon X. Enrique ruega á su santidad le escuse de haberse atrevido á defender la religión siendo tan joven y hallándose embebido en las diversas ocupaciones del trono y de las armas; afirma que no ha podido ver sin indignación cómo la herejía, desbordándose por todas partes, atacaba las cosas santas, y por esa razón el joven autor ofrece su trabajo al que verdaderamente puede juzgarlo, á fin de que lo espurgue de los errores que podría tener.

El benigno y complaciente soberano se dirige en seguida á sus lectores manifestando que, si bien se reconoce desprovisto de elocuencia y de conocimientos, no puede menos de ceder al impulso de su piadosa lealtad hacia su madre la Iglesia, esposa de Jesucristo, y presentarse á combatir por ella: en seguida pregunta si han oído que nunca se haya declarado en el rebaño del Señor una peste mas mortífera (la doctrina luterana); ni se haya visto una víbora cuyo veneno sea semejante al que destila el libro titulado *Cautividad de Babilonia*.

Luego, entrando en materia, dice una palabra acerca de las indulgencias y defiende la creencia del purgatorio. Pone á Lutero en contradicción consigo mismo, y afirma que ha falseado el Nuevo Testamento; establece por la autoridad de los cánones y por la tradición histórica el poder universal del pontificado, y argumenta en favor de los siete sacramentos. Al hablar del de la Eucaristía, contesta á la objeción contra el *agua* diciendo que la Iglesia Católica la mezcla con el vino en el cáliz, porque del costado de Cristo moribundo salió sangre y agua; *quia aqua cum sanguine de latere morientis effluxit*. Finalmente, en su peroración invita á todos los cristianos á que se unan contra Lutero como se reunirían contra los turcos, los sarracenos ó contra todos los infieles, *adversus turcos, adversus sarracenos, adversus quidquid est usquam infidelium consistent*.

El doctor Martin se dió por resentido y ultrajó al doctor Enrique. Este escribió á su primo el duque de Sajonia, que amonestó á su vez á Lutero, y por último el fraile se avino á dirigir al rey una carta mas moderada, fechada en Wittemberg á 1.º de setiembre de 1525. Según el arrepentido reformador manifiesta en esa carta, su indignación no era contra el soberano, sino contra los miserables que se atrevieron á poner un libelo bajo el nombre de un augusto monarca. Espera que el rey se dignara contestarle de un modo clemente y benigno, y concluye con la fórmula: «*De Tu Majestad Imperial, el mas sumiso, Martin Lutero*». Firmado de su propia mano.

En su respuesta, Enrique se escusa de no haber contestado mas pronto; la carta de Lutero no había llegado á sus manos directamente; se había extraviado en el camino. En seguida le dice al nuevo apóstol que sus errores son bochornosos y sus herejías insensatas; que no hallándose su erudición ni sus discursos apoyados en sólidas razones, nada mas prueban sino su obstinado desearo: «Si tienes un verdadero arrepentimiento, sigue el rey diciendo, no es á mis pies, Lutero, sino á los de Dios donde has de prosternarte.

El rey, que fue marido de seis mujeres; que hizo perecer dos reinas en el cadalso; que espulsó los religiosos de sus conventos; que fundó una Inglaterra en que el clero se casa, y en que están abolidos los votos monásticos, decía á Lutero: «Devuelve al claustro esa mujerzuela, esposa adúltera de Cristo, con la cual vives bajo el nombre de esposo en una abominable disolución y duplicada condenación. Pasa el resto de tus días entre lágrimas y gemidos por la multitud de tus pecados; vuelve á tu monasterio: allí podrás retractarte de tus errores, y para salvación de tu alma redimir los peligros de tu cuerpo. Allí, llorando tus pestilenciales herejías y tus disolutos errores, implora la misericordia divina, no con una confianza arrogante, no con gestos, palabras, ni espíritu publicanos, sino con asidua penitencia. Cambia de conducta; enmiéndate. Hasta llegar ese momento te contemplaré con tristeza, porque veo que te pierdes á tí mismo, y en pos llevas; ¡oh desgracia! una multitud que también perecerá.»

A fin de que nada faltase en esta escena, Leon X concedió á Enrique VIII el título de *defensor de la fe*, con el cual aun siguen decorándose los reyes protes-

tantes de Inglaterra. En el Vaticano se veía un arpa que cierto *chieftain* de Irlanda había ofrecido en otro tiempo al santo padre en señal de vasallaje: Leon X la remitió al *defensor de la fe* para infundar Irlanda á la corona británica. No debía la Irlanda manifestarse ofendida de ser dada como un arpa cuando la investidura de Roma se daba por medio de un manto (Decret. Inocent. III, lib. 1). Si Enrique VIII hubiese llegado á echar la mano á Lutero, es seguro que la Europa contaría un reformador menos.

No se pierda de vista que en tanto que Enrique VIII era declarado *defensor de la fe* por la corte de Roma, Lutero era proclamado papa en una de las capillas del Vaticano por los soldados luteranos del católico Carlos V.

La historia presenta cuadros bien diversos. ¿Podrá darse uno mas extraordinario que el de la disputa entre Lutero y Enrique VIII, cuando se fija la atención en lo que fueron esos dos campeones y en la revolución que los produjo? ¿Son esos los institutores de los pueblos, los anacoretas de las rocas, los austeros hijos de los desiertos de la Nueva Tebaida, á quienes los hombres de razón, de saber, de virtud y de libertad han sometido su conciencia y su talento? ¿Quién dirige pues los destinos del género humano?

ENRIQUE VIII.—CONTINUACION.

Enrique VIII escribía en prosa y en verso; tocaba la flauta y había puesto en música baladas para su corte, y misas para su capilla: aun se conservan de él un motete, una antifona, y muchos versículos. ¿Podrá menos de decirse que era un trovador de grande imaginación el hombre que empleó una estatua de madera de la Virgen para pábulo de la hoguera del antiguo confesor de Catalina de Aragon? ¿El hombre que mandó traer á su tribunal el cadáver de Santo Tomás de Cantorbery, lo sentenció y condenó á muerte á pesar de la ridiculez y de la infracción de la máxima de derecho *non bis in idem*; que mandó atar haces de leña á la espalda de cinco anabaptistas holandeses y se complació en el espectáculo de cinco *autos de fe* ambulantes? En cierta ocasión se proporcionó un magnífico asunto para un soneto romántico: desde la cima de una solitaria colina del parque de Richemont estuvo acechando el momento del suplicio de Ana Bolena, y se estremeció de gozo al ver en la Torre de Londres la señal que indicaba la ejecución. ¡Qué voluptuosidad! La cuchilla acababa de segar el delicado cuello, acababa de ensangrentar las rizadas trenzas, objeto de las fatales caricias de aquel rey poeta.

SURREY.—TOMAS MORO.

Bajo Enrique VIII aparecen Surrey y Tomás Moro. El primero acabó de desprender la poesía inglesa de las formas de la edad media, y la modeló sobre el tipo italiano escribiendo sonetos á Giralдина, á la manera del Petrarca. Algunos han creído que esta Giralдина fue Isabel Fitz Gerald, y otros la han supuesto hija de lord Cildair. No parece sino que uno al hablar de esas mujeres hermosas y amadas tiene que referirse siempre á los tiempos que pasaron. ¡Fué!—Surrey, hallándose en Florencia lijó un cartel de desafío á todo cristiano, judío, moro, turco ó caníbal, sosteniendo él, lord Surrey, contra todos, y contra cada cual la sin par belleza de Giralдина: Petrarca no suspiraba con menos ardor por Laura, pero ¡no se batía! Los ingleses hacían entonces alarde de su espíritu caballeresco y de sus pasiones sobre aquellas ruinas donde ahora van á sostener sus modas y su tedio.

Surrey, al regresar á Londres, fue por de pronto encerrado por el ortodoxo Enrique VIII en la torre de Windsor por haber comido de carne en cuaresma. Here noble Surrey fels the sacre drage. (POPE).

La última víctima del primer rey protestante de la Gran Bretaña fue el noble amante de Giralдина: el príncipe reformador demostró su afición á las bellas letras entregando al hacha del verdugo Tomás Moro y el poeta en quien principia la série de los modernos poetas ingleses.

Surrey en la traducción de algunos pasajes de la Eneida inventó el verso libre que Milton y Thomson adoptaron y que Byron á desechado.

El canciller Tomás Moro, en latin Morus, era como su buen rey, poeta y prosista. La mayor parte de sus obras están escritas en latin. La cabeza del canciller permaneció durante catorce dias espuesta al público en el puente de Lóndres.

Aun se ven en la torre de Lóndres las cuchillas que truncaron aquellas ilustres cabezas. ¡Un pedazo de hierro debe sobrevivir á lo que en algun tiempo fue órgano del talento y del poder!

Enrique VIII en su clemencia llegó á conmutar la pena de horca impuesta al autor de la *Utopia*, en la de decapitación: esto dió lugar á que el magistrado con quien el rey consultaba la permuta dijese: «Dios libre de semejantes favores á mis amigos.»

En esa época, es decir, en un espacio de cerca de veinte y cinco años, la prosa fue menos afortunada que la poesía.

Es difícil leer con provecho ó con placer las obras de Wolney, Crammer, Habington, Drummond y José Hall, el predicador.

EDUARDO VI Y MARÍA.

Eduardo VI y la reina María, que sucedieron á Enrique VIII, y precedieron á Isabel, figuran también entre los escritores de la Gran Bretaña. El joven rey murió á los diez y seis años, educado por dos sabios de aquella época, John Cheke y Antony Cooke: bajo la dirección de Cardan dejó un periódico escrito de su mano y de bastante utilidad para la historia. Eduardo, aislado de la sociedad y como desterrado en medio de su juventud, gozaba de distracciones que otros príncipes han encontrado también durante su destierro en país extranjero. Eduardo era celoso reformador y su hermana María vehemente católica: esta reina fue la que por fuerza volvió á ingerir la nación inglesa en la comunión romana. Gardiner y otros muchos que habían quemado católicos en obsequio de la reforma, volvieron á quemar en obsequio del catolicismo protestantes que tal vez no lo habían sido sino por temor de los castigos. Así es como en las revoluciones se ve que hombres que han sido fieles á todos los poderes tienen que andar reanimando su esqueleto para desmentir su inveterada baja. Los municipios se prostituían á la voluntad de María con la misma facilidad con que en otro tiempo á las órdenes de su padre. Cambiábase de creencias con la misma facilidad que de vestido; se juraba, y luego se volvía á jurar para cubrir el perjurio, ¡qué de perjuros no son precisos para estatuir una lealtad!

María dejó cartas escritas en latin y otras en francés; de las primeras, por mas que Erasmo las ha alabado, puede decirse que carecen absolutamente de mérito.

ISABEL SPENSER.

De Spenser es de donde principia la fecha de la poesía inglesa moderna. La composición titulada *Fairic Queen* (reina de las hadas), es como nadie lo ignora, una obra alegórica, en la que se trata de doce virtudes morales clasificadas como en el Ariosto, y transformadas en otros tantos caballeros á cuyo frente figura el rey Arturo. La reina de las hadas, Gloriana, es Isabel, y Felipe Sined, el rey Arturo. Lord Bu-